

# Leído en el IECH

## 3 Sandra Contreras

### «Pasadizos secretos, pero visibles»

A propósito de *La doble rendija. Autofiguras científicas de la literatura en el Río de la Plata*, de Luciana Martínez.

Texto leído en la presentación  
del libro *La doble rendija. Autofiguras científicas de la literatura en el Río de la Plata*, de la investigadora Luciana Martínez.

En el IECH, el día 22 de noviembre  
de 2019 a las 18.30hs.

## «Pasadizos secretos, pero visibles»

A propósito de *La doble rendija. Autofiguras científicas de la literatura en el Río de la Plata*, de Luciana Martínez.

Hace unos años, por 2013, editamos aquí en el CELA\* un libro con los ensayos presentados en un seminario sobre realismos. Ahí yo decía, en el prólogo, que estaba segura de que todas las precisiones, teóricas e históricas, con las que Luciana Martínez definía y analizaba la epistemología alterna de Mario Levrero y con las que, para mí, descubría ese núcleo de incomodidad propio de sus personajes, yo las iba a necesitar cuando quisiera volver a leer la ansiedad levreriana, y sobre todo cuando quisiera ensayar razones para explicarme el efecto terapéutico que me producía la lectura de *La novela luminosa*, y también su invitación a la identificación. No lo decía retóricamente, para darle forma a la presentación del artículo en el volumen. Lo decía porque estaba segura, porque, aún cuando todavía no entendiera del todo los matices y relieves de la ficción telérgica, intuía que en esa lectura, mejor, que en esa inmersión en el mundo de Levrero que era la escritura de Luciana, yo iba a encontrar algo que me hablara, unas ideas que me dijeran algo. Y así fue, o así es. Hacía rato que no leía un libro en el que encontrara tanto contenido interesante, y subrayo la reunión de esas dos palabras porque justamente de eso se trata: no solo de un despliegue amplísimo y erudito de conceptos entre científicos, filosóficos y parapsicológicos y de la historia de esas nociones (el principio de incertidumbre, el equilibrio termodinámico, la *techné*, la *aletheia*, la mancia y el trance y el precioso “la doble rendija”), sino también, a la vez, y esto es lo que importa, se trata de la articulación de esas nociones con algo, digamos, profundo en las literaturas de Mario Levrero y Marcelo Cohen, no en el sentido de llegar al fondo sino en el sentido de tocar un (no “su”) núcleo. Por eso nos (me) interesan. En este sentido, el libro de Luciana y sobre todo el tiempo que se presiente depositado en su escritura, y el que le da volumen, tiene algo, o mucho, de esa cualidad

\*Centro de Estudios de  
Literatura Argentina  
[celarg.org](http://celarg.org)

del estudio que, dice Agamben en una columna reciente, ha venido siendo sustituido, en detrimento de las humanidades, por el término investigación: el estudio, o esa forma de conocimiento que, a diferencia de investigación (*ricerca*) que gira en círculo, es el grado máximo de un deseo (*studium*) que ha encontrado su objeto. Esa intensidad, que en los mejores casos se vuelve forma de vida, es, decía Agamben allí, lo que habría que devolverle a las ciencias humanas.

Lo interesante, aquí, en ocasión de este libro, es que Agamben recupera esa distinción como una distinción entre ciencias naturales y ciencias humanas, o literarias, ¡las dos culturas! Y eso es justo, paradójicamente, lo que Luciana, a través de la investigación convertida en estudio, viene a conectar. ¿Y cómo lo hace? Simplemente haciéndose eco de unas imaginaciones, de unas formas de imaginación, que vuelven a vincular lo que la ciencia moderna había escindido: la intuición y el conocimiento, o la intuición y el conocimiento de lo inestable y discontinuo que es, por supuesto, una forma, y no cualquiera, de la realidad. Imagino –tal vez me equivoco, no lo sé– las resistencias que pudo haber suscitado la atención completa, y seria, con la que Luciana decidió ocuparse de los “temas” filosóficos y científicos de los que hablan Levrero y Cohen en sus textos. Acostumbrados como estamos, porque ya es nuestra tradición, a la idea de que la literatura arruina, descompone el discurso filosófico con el que entabla un diálogo radical, tendemos a desacreditar lecturas que parecen tomarse demasiado “en serio” el lugar o el peso de esos saberes en los textos, como si hubiera en ellas demasiada credulidad. El tópico sería Borges y la filosofía, propiciado sobre todo por su célebre definición de la metafísica como una rama de la literatura fantástica. A Luciana no le falta ninguna distancia crítica; eso es evidente. Solo que, además de perspectiva, tiene la capacidad, una muy fina sensibilidad, para escuchar las “elecciones semánticas” (usa este concepto un par de veces, y también sensibilidad) de lxs escritorxs que lee y seguir esos caminos. Por eso es tan oportuno que, comience su libro, justamente, con Borges y la ciencia, que aun sin desconocer la tradición de la fantasía científica con la que denominó la forma en que escritores como Holmberg y Lugones ensayaron los primeros cruces entre ciencia y literatura, inscriba el comienzo de su argumentación allí. Me gusta mucho esa idea de que Borges llega a la bifurcación del tiempo y el espacio no a

2

través de la ficcionalización de las teorías de la cuántica (aunque demuestra no ignorarlas) sino a partir de una profunda relación con ciertas postulaciones idealistas y con la obra de Wells. Esta hipótesis de que Borges llega a las mismas conclusiones de la cuántica por impulso de su forma de pensar el mundo, y no porque las tesis científicas estén por un lado y la escritura o la ficción por otra (sujeto-objeto), es el modo en que Luciana, creo, introduce una variación potente en el modo de interpretar los vínculos entre literatura y pensamiento. Para eso no necesita desconocer que sería desatinado pedirle a la literatura coherencia filosófica, ni necesita refutar el presupuesto (la evidencia) de que la literatura realiza operaciones (de fagocitación dice en algún momento) con la filosofía. Simplemente hace otro camino. Y en este hacer otro camino para mí está todo el secreto de su lectura. Es la rendija que le permite vislumbrar esta idea tan interesante del empoderamiento de la literatura cuando esta, en tanto fundamento ontológico del universo compartido, advierte que “la ciencia, vía la mecánica cuántica, ha venido acercándose finalmente a sus dominios, al azar, al capricho de la observación sesgada” pero que precisa todavía más y, sigo citando, esas ínfulas no la “animan tanto a proteger su reino de la frialdad científica como a fagocitar sus ideas en pro de reclamar la legitimidad de su ingerencia en la construcción de la realidad”.

De estas tal vez mínimas pero decisivas variaciones está hecha la intervención que es, también, el estudio de Luciana. Lo que me gusta de esta intervención es cómo, sin esquivarla, puede prescindir de la polémica. Por ejemplo, la batalla del realismo. Quiero decir, es precisamente porque despeja de entrada que todo realismo plantea un problema epistemológico y toda epistemología una forma de realismo, que Luciana puede definir sin temor, sin vueltas, sin necesidad de apelar a intrincadas heterodoxias, pero también con firme lucidez y nítida precisión, el “realismo puro” de Levrero, sencillamente, como “la construcción de un verosímil fundado en el pilar de la parapsicología y la termodinámica”, como “una especulación sobre lo real a partir de la docta ignorancia de la literatura” y a su literatura como una “*scientia experimental*”, como “un laboratorio de experimentación que permite construir una teoría literaria del conocimiento de los problemas subjetivos: del yo ‘verdadero’ y de su relación con la realidad del

3

Espíritu”. Y es también ese claro deslinde inicial el que le permite avanzar en los meandros del realismo incierto y abarcador de Cohen en tanto exploración escrituraria de todas las potencialidades de lo real que, en su ejercicio, va poniendo en cuestión la validez de su propia ontología, reafirmandola, refutándola, confrontándola.

La ventaja de ir directo, de entrada, a ese realismo que se inventan (ambiciosas) cada una de estas literaturas (así comienzan cada una de las dos partes, leyendo esos singulares proyectos o proclamas realistas), la ventaja, digo, de empezar por el realismo para describir esas autofiguras científicas que son también imaginaciones parapsicológicas, que son también místicas, que son también budistas, es que, precisamente, permite dejarlo enseguida atrás –al realismo: esa evidencia– para pasar a hablar de las cosas que importan: lo que nos toca, lo que nos interesa porque se toca con la muerte, con el reposo, con la tensión entre narcisismo y extinción del yo. Ese punto, digamos, en que ocurre la conexión literatura y vida, literatura y política, literatura y comunidad. La doble rendija es, en este sentido, uno de esos libros que muestran que el realismo, o que los mejores realismos, como los de Mario Levrero y Marcelo Cohen, son siempre el camino para el salto a lo real. De todas las lecturas que nos introducen en la obra tardía de Levrero como búsqueda de la interioridad pura del yo en su unión con el Espíritu, la de Luciana es de las que más me convencen (y el pacto de verosimilitud y la creencia están siempre en el nudo), precisamente por el modo en que me comunica con eso que se parece a una práctica real: la escritura como invocación del trance, y las formas que adopta para esa experimentación, la búsqueda del ocio, la disciplina diaria, la ejercitación caligráfica. No digo que sea el único modo de entender ese ejercicio escriturario; digo que hay algo en su capacidad de escucha a la cualidad realista de Levrero que me presenta mejor la escena, y todas las circunstancias asociadas, de esos escritores que, en cierto momento de sus vidas, convierten al acto físico de escribir en una práctica, y que lo hacen como el medio para (volver a) poner en marcha la escritura después del “quiebre” que los expone a las varias formas del vacío: la repetición, el agotamiento de la imaginación, la muerte espiritual. La lectura de la escritura de Cohen como despojamiento y adelgazamiento del yo, a través de la mística oriental budista, pero como una vía para

4

fundar una política y una ética de la comunidad por venir que, dice Luciana, Cohen intuyó con firmeza y claridad en una específica coyuntura política. Anoto al respecto una curiosidad: en la conferencia con la que cerró el congreso sobre el futuro de las humanidades, José Emilio Burucúa, que se proponía seguir las preguntas básicas de Kant, siendo la primera “qué puedo saber”, partía de recordar que Galileo, cada vez que debía defender la validez cognitiva de los datos sensibles que matematizaba, recurría a las realizaciones asombrosas de los pintores; y lo hacía para argumentar lo que a su juicio es la necesidad de una nueva alianza entre las ciencias y las artes con la que sortear los peligros latentes en la autonomía indetenible del progreso cognitivo y técnico. Pero lo interesante aquí, para mí, lo interesante por su resonancia, es que ese ensayo, que parte de la genealogía de las relaciones entre las ciencias y las artes, vislumbre, finalmente, como futuro de las humanidades justamente la posibilidad de convertirlas en algo nuevo (transhumanista, humanalista, humaninaturalista), en algo que, decía Burucúa, quizás sea desconocido hasta hoy en la historia del pensamiento occidental pero que está bien presente en la tradición indostánica. Quiero decir, es curioso: como si hubiera unos pasadizos secretos, pero visibles para ojos como los de Luciana, entre la apelación a unas alianzas, nuevas y diversas, entre ciencia y arte, o entre ciencia y literatura, y filosofías no occidentales o modelos de intelección otros como vía hacia nuevas formas de comunidad.

Como decía antes, no hay nada de inocente credulidad en el gusto de Luciana por meterse a fondo en las filosofías y en las teorías y en los sistemas que fagocitan las literaturas de Levrero y de Cohen. Porque sabe perfectamente que se trata de la postulación de un verosímil crítico, o mejor aún, como dice lúcidamente al final, que “acercarse a esta epistemología escritural implica que la mirada crítica acepte la lógica del pacto ficcional que la ambición realista de la literatura le propone”. En esta opción crítica, que es también una opción de escritura, encuentro un impulso para sopesar (para medir), mejor, la pregnancia científica de algunas imaginaciones literarias, de las que más me interesan. Algunas bien lúdicas como los sofisticados devaneos de Daniel Guebel con la máquina del tiempo en *El absoluto*; otras más precarias pero tal vez más decididamente experimentales como la imaginación material de Mario

5

Ortiz en los Cuadernos de Lengua y Literatura; otras un tanto pop, como la de los científicos locos de César Aira; y otras cruciales, como la de los fractales y la teoría del caos que moldea el universo de Rafael Spregelburd. No digo que estas literaturas sean equivalentes o parecidas a las autofiguras científicas que Luciana lee en este libro, las de Mario Levrero y Marcelo Cohen; digo que el libro de Luciana me hizo levantar la vista más de una vez, que me trajo a la mente imágenes, episodios y paisajes de estas ficciones (que, en algunos casos, ahora que lo pienso, precisamente los más experimentales científicos, los de Spregelburd y Ortiz, implican fuertemente la interrogación política por la comunidad) y digo entonces que, una vez más, intuyo que me valdré de su auxilio para seguir leyéndolas. Creo, en este sentido, que la idea de herramienta no es ajena a la práctica crítica que ensaya Luciana en este libro.



6